

Entrega de la medalla
"José Vasconcelos" 1973.



El Frente de Afirmación Hispanista, A.C.



otorgó el 12 de octubre la Medalla "José Vasconcelos 1973"
al escritor Jorge Luis Borges.

ELOGIO DE LA SOMBRA
Jorge Guillén

Al margen de Borges
«Elogio de la Sombra»

Este en bruma vidente
Que discurre distante, melancólico,
Proponiendo nacidos
De luz desde la sombra,
Este moderno austral
Con tan nuevas hemerotecias milenarias,
Hacedor y diiente.

Jorge Guillén

la lotería de babilonia

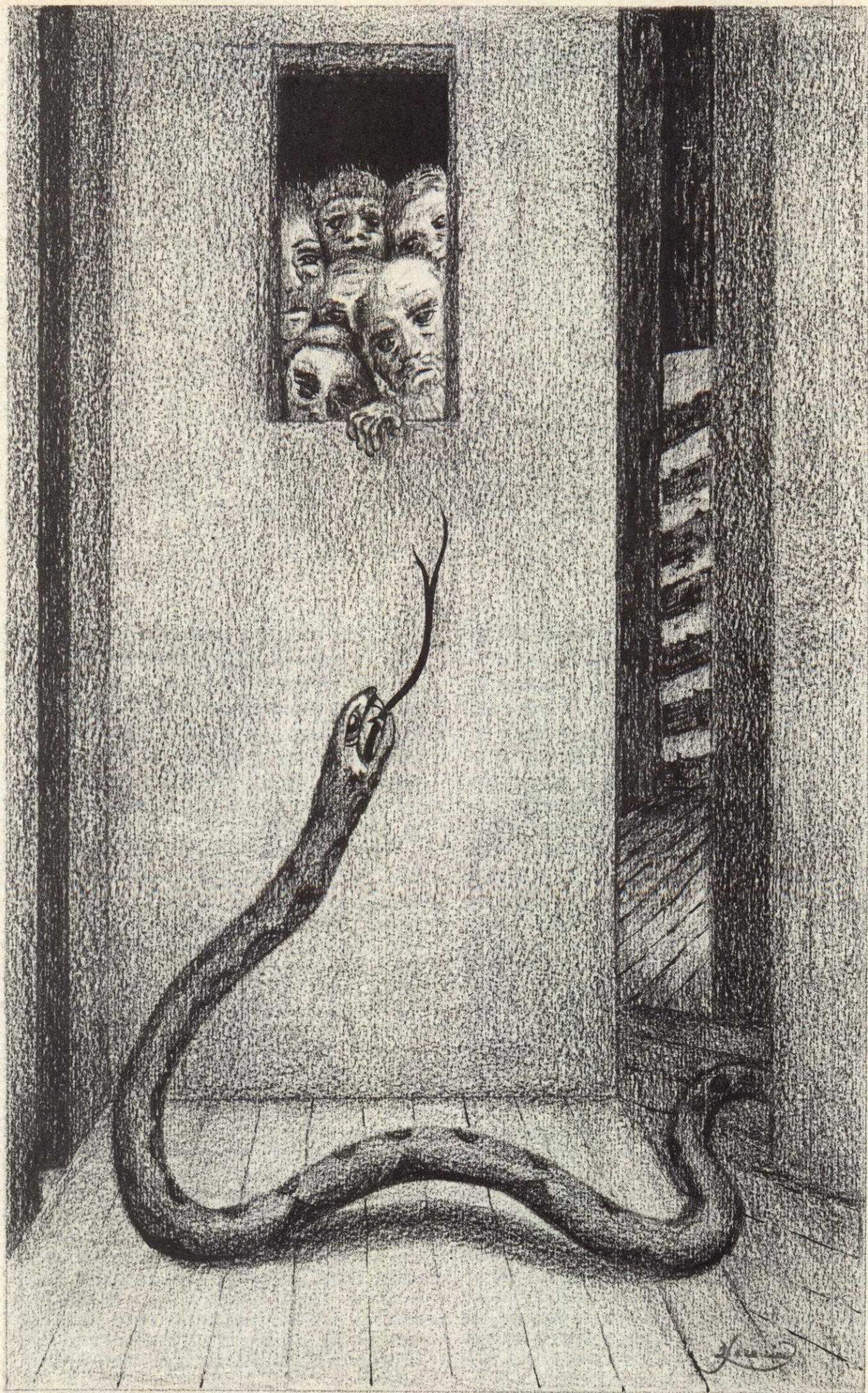
Jorge Luis Borges

Como todos los hombres de Babilonia, he sido proconsul; como todos, esclavo; también he conocido la omnipotencia, el oprobio, las cárceles. Miren: a mi mano derecha le falta el índice. Miren: por este desgarro de la capa se ve en mi estómago un tatuaje bermejo: es el segundo símbolo, Beth. Esta letra, en las noches de luna llena, me confiere poder sobre los hombres cuya marca es Ghimel, pero me subordina a los de Aleph, que en las noches sin luna deben obediencia a los de Ghimel. En el crepúsculo del alba, en un sótano, he yugulado ante una piedra negra toros sagrados. Durante un año de la luna, he sido declarado invisible: gritaba y no me respondían, robaba el pan y no me decapitaban. He conocido lo que ignoran los griegos: la incertidumbre. En una cámara de bronce, ante el pañuelo silencioso del estrangulador, la esperanza me ha sido fiel; en el río de los deleites, el pánico. Heraclides Póntico refiere con admiración que Pitágoras recordaba haber sido Pirro y antes Euforbo y antes algún otro mortal; para recordar vicisitudes análogas yo no preciso recurrir a la suerte ni aun a la impostura.

Debo esa variedad casi atroz a una institución que otras repúblicas ignoran o que obra en ellas de un modo imperfecto y secreto: la lotería. No he indagado su historia; sé que los magos no logran ponerse de acuerdo; sé de sus poderosos propósitos lo que puede saber de la luna el hombre no versado en astrología. Soy de un país vertiginoso donde la lotería es parte principal de la realidad: hasta el día de hoy, he pensado tan poco en ella como en la conducta de los dioses indescriptibles o de mi corazón. Ahora, lejos de Babilonia y de sus queridas costumbres, pienso con algún asombro en la lotería y en las conjeturas blasfemas que en el crepúsculo murmuran los hombres velados.

Mi padre refería que antiguamente —¿cuestión de siglos, de años?— la lotería en Babilonia era un juego de carácter plebeyo. Refería (ignoro si con verdad) que los barberos despachaban por monedas de cobre rectángulos de hueso o de pergamo adornados de símbolos. En pleno día se verificaba un sorteo: los agraciados recibían, sin otra corroboración del azar, monedas acuñadas de plata. El procedimiento era elemental, como ven ustedes.

Naturalmente, esas «loterías» fracasaron. Su virtud moral era nula. No se dirigían a todas las facultades del hombre: únicamente a su esperanza. Ante la indiferencia pública, los mercaderes que fundaron esas loterías venales, comenzaron a perder el dinero. Alguien ensayó una reforma: la interpolación de unas pocas suertes adversas en el censo de números favorables. Mediante esa reforma, los compradores de rectángulos numerados corrían el doble albur de ganar una suma y de pagar una multa a veces cuantiosa. Ese leve peligro (por cada treinta números favorables había un número aciago) despertó, como era natural, el interés del público. Los babilonios se entregaron al juego. El que no adquiría suertes era considerado un pusilánime, un apocado. Con el tiempo, ese desdén justificado se duplicó. Era despreciado el que no jugaba, pero también eran despreciados los perdedores que abonaban la multa. La Compañía (así empezó a llamársela entonces) tuvo que velar por los ganadores, que no podían cobrar los premios si faltaba en las cajas el importe casi total de las multas. Entabló una demanda a los perdedores: el juez los condenó a pagar la multa original y las costas o a unos días de cárcel. Todos optaron por la cárcel, para defraudar a la Compañía. De esa bravata de unos pocos nace el todopoder de la Compañía: su valor eclesiástico, metafísico.



Poco después, los informes de los sorteos omitieron las numeraciones de multas y se limitaron a publicar los días de prisión que designaba cada número adverso. Ese laconismo, casi inadvertido en su tiempo, fue de importancia capital. **Fue la primera aparición en la lotería de elementos no pecuniarios.** El éxito fue grande. Instada por los jugadores, la Compañía se vio precisada a aumentar los números adversos.

Nadie ignora que el pueblo de Babilonia es muy devoto de la lógica, y aun de la simetría. Era incoherente que los números faustos se computaran en redondas monedas y los infaustos en días y noches de cárcel. Algunos moralistas razonaron que la posesión de monedas no siempre determina la felicidad y que otras formas de la dicha son quizá más directas.

Otra inquietud cundía en los barrios bajos. **Los miembros del colegio sacerdotal multiplicaban las puestas y gozaban de todas las vicisitudes del terror y de la esperanza; los pobres (con envidia razonable e inevitable) se sabían excluidos de ese vaivén, notoriamente delicioso. El justo anhelo de que todos, pobres y ricos, participasen por igual en la lotería, inspiró una indigna agitación, cuya memoria no han desdibujado los años.** Algunos obstinados no comprendieron (o simularon no comprender) que se trataba de un orden nuevo, de una etapa histórica necesaria... Un esclavo robó un billete carmesí, que en el sorteo lo hizo acreedor a que le quemaran la lengua. El código fijaba esa misma pena para el que robaba un billete. Algunos babilonios argumentaban que merecía el hierro candente, en su calidad de ladrón; otros, magnánimos, que el verdugo debía aplicárselo porque así lo había determinado el azar... Hubo disturbios, hubo efusiones lamentables de sangre; pero la gente babilónica impuso finalmente su voluntad, contra la oposición de los ricos. El pueblo consiguió con plenitud sus fines generosos. En primer término, logró que la Compañía aceptara la suma del poder público. (Esa unificación era necesaria, dada la vastedad y complejidad de las nuevas operaciones). En segundo término, logró que la lotería fuera secreta, gratuita y general. Quedó abolida la venta mercenaria de suertes. Ya iniciado en los misterios de Bel, todo hombre libre automáticamente participaba en los sorteos sagrados, que se efectuaban en los laberintos del dios cada sesenta noches y que determinaban su destino hasta el otro ejercicio. Las consecuencias eran incalculables. Una jugada feliz podía motivar su elevación al concilio de magos o la prisión de un enemigo (notorio o íntimo) o el encontrar en la pacífica tiniebla del cuarto, la mujer que empieza a inquietarnos o que no esperábamos rever; una jugada adversa: la mutilación, la variada infamia, la muerte. A veces un sólo hecho —el tabernario asesinato de C, la apoteosis misteriosa de B— era la solución genial de treinta o cuarenta sorteos. Combinar las jugadas era difícil; pero hay que recordar que los individuos de la Compañía eran (y son) todopoderosos y astutos. En muchos casos, el conocimiento de que ciertas felicidades eran simple fábrica del azar, hubiera aminorado su virtud; para eludir ese inconveniente, los agentes de la Com-

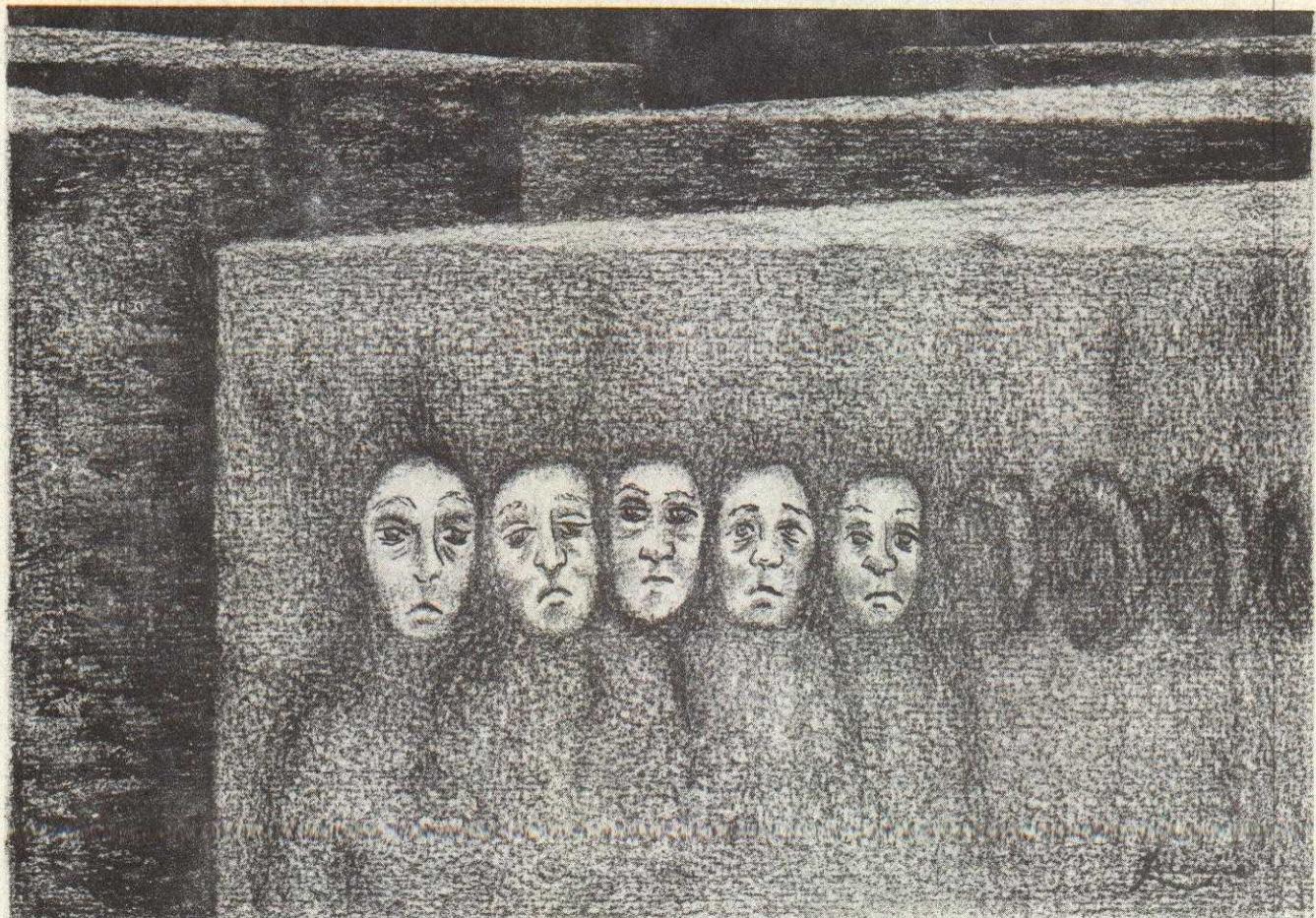
pañía usaban de las sugerencias y de la magia. Sus pasos, sus manejos, eran secretos. Para indagar las íntimas esperanzas y los íntimos terrores de cada cual, disponían de astrólogos y de espías. Había ciertos leones de piedra, había una letrina sagrada llamada Qaphqa, había unas grietas en un polvoriento acueducto que, según opinión general, daban a la Compañía; las personas malignas o benévolas depositaban delaciones en esos sitios. Un archivo alfabético recogía esas noticias de variable veracidad.

Increíblemente, no faltaron murmuraciones. La Compañía, con su discreción habitual, no replicó directamente. Prefirió borraje en los escombros de una fábrica de caretas un argumento breve, que ahora figura en las escrituras sagradas. Esa pieza doctrinal observaba que la lotería es una interpolación del azar en el orden del mundo y que aceptar errores no es contradecir el azar: es corroborarlo. Observaba asimismo que esos leones y ese recipiente sagrado, aunque no desautorizados por la Compañía (que no renunciaba al derecho de consultarlos), funcionaban sin garantía oficial.

Esa declaración apaciguó las inquietudes públicas. También produjo otros efectos, acaso no previstos por el autor. Modificó hondamente el espíritu y las operaciones de la Compañía. Poco tiempo me queda; nos avisan que la nave está por zarpar; pero trataré de explicarlo.

Por inverosímil que sea, nadie había ensayado hasta entonces una teoría general de los juegos. El babilonio es poco especulativo. Acata los dictámenes del azar, les entrega su vida, su esperanza, su terror pánico, pero no se le ocurre investigar sus leyes laberínticas, ni las esferas giratorias que lo revelan. Sin embargo, la declaración oficial que he mencionado inspiró muchas discusiones de carácter jurídico-matemático. De alguna de ellas nació la conjectura siguiente: Si la lotería es una intensificación del azar, una periódica infusión del caos en el cosmos ¿no convendría que el azar interviniere en todas las etapas del sorteo y no en una sola? ¿No es irrisorio que el azar dicte la muerte de alguien y que las circunstancias de esa muerte —la reserva, la publicidad, el plazo de una hora o de un siglo— no estén sujetas al azar? Esos escrúpulos tan justos provocaron al fin una considerable reforma, cuyas complejidades (agravadas por un ejercicio de siglos) no entienden sino algunos especialistas pero que intentaré resumir, siquiera de modo simbólico.

Imaginemos un primer sorteo, que dicta la muerte de un hombre. Para su cumplimiento se procede a un otro sorteo, que propone (digamos) nueve ejecutores posibles. De esos ejecutores, cuatro pueden iniciar un tercer sorteo que dirá el nombre del verdugo, dos pueden reemplazar la orden adversa por una orden feliz (el encuentro de un tesoro, digamos), otro exacerbará la muerte (es decir la hará infame o la enriquecerá de torturas), otros pueden negarse a cumplirla... Tal es el esquema simbólico. En la realidad el número de sorteos es infinito. Ninguna decisión es final, todas se ramifican en otras. Los ignorantes suponen que infinitos



sorteos requieren un tiempo infinito; en realidad basta que el tiempo sea infinitamente subdivisible, como lo enseña la famosa parábola del Certamen con la Tortuga. Esa infinitud condice de admirable manera con los sinuosos números del Azar y con el Arquetipo Celestial de la Lotería, que adoran los platónicos... Algun eco deforme de nuestros ritos parece haber retumbado en el Tíber: Elio Lampridio, en la *Vida de Antonio Heliogábal*, refiere que este emperador escribía en conchas las suertes que destinaba a los convidados, de manera que uno recibía diez libras de oro y otro diez moscas, diez lirones, diez osos. Es lícito recordar que Heliogábal se educó en el Asia Menor, entre los sacerdotes del dios epónimo.

También hay sorteos impersonales, de propósito indefinido: uno decreta que se arroje a las aguas del Eufrates un zafiro de Taprobana; otro, que desde el techo de una torre se suelte un pájaro; otro, que cada siglo se retire (o se añada) un grano de arena de los innumerables que hay en la playa. Las consecuencias son, a veces, terribles.

Bajo el influjo bienhechor de la Compañía, nuestras costumbres están saturadas de azar. El comprador de una docena de ánforas de vino damasceno no se maravillará si una de ellas encierra un talismán o una víbora; el escribano que redacta un contrato no deja casi nunca de introducir algún dato erróneo; yo mismo, en esta apresurada declaración, he falseado algún esplendor, alguna atrocidad. Quizá, también, alguna misteriosa monotonía... Nuestros historiadores, que son los más perspicaces del orbe, han inventado un método para corregir el azar; es fama que las operaciones de ese método son (en general) fidedignas; aunque, naturalmente, no se divultan sin alguna dosis de engaño. Por lo demás, nada tan contaminado de ficción co-

mo la historia de la Compañía... Un documento paleográfico, exhumado en un templo, puede ser obra del sorteo de ayer o de un sorteo secular. No se publica un libro sin alguna divergencia entre cada uno de los ejemplares. Los escribas prestan juramento secreto de omitir, de interpolar, de variar. También se ejerce la mentira indirecta.

La Compañía, con modestia divina, elude publicidad. Sus agentes, como es natural, son secretos; las órdenes que imparte continuamente (quizá incesantemente) no difieren de las que prodigan los impostores. Además

¡quién podrá jactarse de ser un mero impostor? El ebrio que improvisa un mandato absurdo, el soñador que se despierta de golpe y ahoga con las manos a la mujer que duerme a su lado ¡no ejecutan acaso una secreta decisión de la Compañía? Ese funcionamiento silencioso, comparable al de Dios, provoca toda suerte de conjeturas. Alguna abominablemente insinúa que hace ya siglos que no existe la Compañía y que el sacro desorden de nuestras vidas es puramente hereditario, tradicional; otra la juzga eterna y enseña que perdurará hasta la última noche, cuando el último dios anonade el mundo. Otra declara que la Compañía es omnipotente, pero que sólo influye en cosas minúsculas: en el grito de un pájaro, en los matices de la herrumbre y del polvo, en los entresueños del alba. Otra, por boca de heresiarcas enmascarados, que no ha existido nunca y no existirá. Otra, no menos vil, razona que es indiferente afirmar o negar la realidad de la tenebrosa corporación, porque Babilonia no es otra cosa que un infinito juego de azares.

ESTUDIO

HELCIAS MARTAN GONGORA

Fredo Arias de la Canal

Así como me he atrevido a llamar a nuestro recién fallecido José Gorostiza el poeta del agua (Norte, 248) y a Enrique González Martínez el poeta de la soledad (Norte, 245), también me atrevo ahora a llamar a Martán-Góngora (colombiano) el poeta de la sed.

Aunque es verdad que no hay poeta que no se haya formado una adaptación inconsciente, en su primera infancia, a la idea de morir de sed o hambre, como se puede comprobar por los cientos de versos de los que han tenido la gentileza de enviarme sus poemas, aunque es verdad todo esto, hay personas que se resisten a creerlo a pesar de la abrumadora evidencia que lo demuestra. Algunos poetas, no obstante, además desarrollan los símbolos tanáticos (el morir por consunción); otros reviven la soledad que erotizan durante su sedienta infancia, algunos más intuyen la formación infantil de su masoquismo. También los hay que proyectan su deseo de devorar (terrible hambre y sed) en lobos, tigres y sobre todo en serpientes. En fin, la neurosis básica de la humanidad es el masoquismo psíquico, pero específicamente en los escritores y poetas este masoquismo estriba en el gozo inconsciente de morirse de hambre o de sed. La defensa que siempre esgrime el escritor es: "No es verdad que yo goce en la idea de morirme de hambre o de sed; al contrario, mirad cómo me doy bellas palabras (leche)". Hace 2,500 años ya Laques (*Diálogos de Platón*) utilizaba la metáfora comúnmente utilizada por todo escritor: "Estoy tan impaciente de beber en sus palabras". Martán-Góngora no es la excepción: "Tu palabra descalza descendía del agua (...) te digo ausente amada, con líquidas palabras (...) es como si la página que escribo se inundara de lágrimas". Veamos estos versos:

He de seguir el rastro de las sombras
en cuyas soledades hay un hombre
que busca las palabras y los ríos
para extinguir la sed de las estrellas.

...

Sólo el agua conoce tu secreto,
cuerpo de mis palabras extendido
en la orilla de antiguas soledades.

...

Sobre la página olvidada
las letras son una colmena.

Otro gran poeta colombiano, Porfirio Barba-Jacob, dijo: "La lectura dizque es el consuelo de los insaciables". Recordemos a D'Ory:

Esas palabras de hambre y de
martirio...

...

Ellas vienen a mí, tibias, palpables.

...

hechas miel, hechas brasas, hechas
cobre,
de las palabras de ubres agostadas.

...

Canto palabras, las palabras brotan,
canto palabras, las palabras manan,
suenan como perdidas en el viento,
brotan como animales delicados,
manan como regatos indecisos.
Y entonces, preparadas, zumo a zumo
yo las hería con voraz mordisco,
para apagar la sola sed del canto.

Uno de los poetas que menos huellas dejó en sus versos, de su adaptación inconsciente al deseo de morir de hambre, fue Dári, como aquella de:

...

y tuve hambre de espacio y sed de cielo

...

el agua dice de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.

Pero es que con Dári se da el fenómeno de que sus rimas son de la más pura leche y miel, puesto que una de las defensas del divino Rubén fue en contra de su deseo inconsciente de morir envenenado por el pezón materno. Veamos su intuición:

...

Que sombra y duelo encuentres
bajo la viña en donde nace el vino del diablo.

que ya tendrás la vida para que te envenenes.

Y parece que el hondo mirar cosas dijera,
espaciosas y ungidas de miel y veneno.

El ánfora funesta del divino veneno
que ha de hacer por la vida la tortura interior.

¿Qué acaso no se envenenaba Darío con alcohol?
Recordemos ahora aquel verso de Barba-Jacob:

Y es su sonrisa como un alba fúnebre.
Y es su ademán como un blandir de hierros.
La boca innoble y ávida destila
—fruto de Satanás— hondos venenos.

Y este otro de Manuel José Othón:

Y si quieres que muera poco a poco,
tienes pantanos de aguas estancadas.
¡Infiltrame en las venas el mortífero
hábito pestilente de tus aguas!

Oigamos a Juana Inés:

Nadie tema ponzoña, de hoy más, mortales,
pues con tal contrayerba, ninguna es grande;
y aunque lo tenga en el seno,
ninguno tema el veneno:
que ella es la dulce Triaca
que todo el veneno saca
y cura de todos los males,
¡Nadie tema ponzoña, mortales!

De esta forma podemos observar las facetas que se desarrollan en cada poeta, las que invariablemente van unidas a la idea de morir. En Martán-Góngora vemos claramente a la muerte:

Cuando la luna iba a morir al río.

Fui a los abismos que habitó la muerte.

La noche es el rotundo
regazo de la muerte.

En el valle inclinado de la muerte.

Con los labios ungidos por la muerte.

La tarde cuando yo muera
que me dejen en la playa.

De los acantilados de la muerte
mi soledad retorna...

Soy el súbdito oscuro
de un monarca absoluto,
heredero de un vasto
imperio de sepulcros.

Y todas mis palabras
también irán muriendo.

Qué duro oficio es este de ser hombre
y edificar la muerte con la vida.

Hemos visto las huellas poéticas de la muerte, ahora veamos las de la sed:

Río feliz que mana de la roca
del sueño y vierte en la profunda boca
la sed de Dios, sin embriaguez saciada.

La sed tiene la forma de tu boca
abierta en la clausura del sonido,
la dimensión oscura del olvido
encadenado a la nocturna roca.

Colma tu sed de siglos en la virgen
cisterna enamorada de la vida.

Eres la hoguera antigua
trocada en llama nueva,
la sed inextinguible
en torno a la cisterna.

Voy hacia ti, sediento
del fruto esquivo, de la verde rama
del paraíso.

Pero la sed es mucha
y pocos los racimos.

¿En qué margen de música tus labios
olvidaron la sed de cada día,
en qué isla de luz, oh navegante?

Descendí al valle en busca de la hoguera
como quien va al encuentro de su alma,
desbocado en el río del silencio,
jinete de una estrella imaginaria.
En el sueño la rosa de los vientos
cedió a mi oscura tempestad humana
y cada espina de la noche antigua
bebió en la sangre su infinita savia.
Pero en su copa elemental, mi espíritu
sació la sed de todas las distancias.

NIÑO-RÍO

Por la noche cruza un río,
siempre el río de la sed.
Si te duermes, niño-río,
en tu sueño abrevaré.

Cruzan peces por el agua,
pero no tiendo la red.
Si te duermes, niño-río,
en tu sueño pescaré.

Está el barco en la ribera
y en el barco el timonel.
Si te duermes, niño-río,
por tu sueño zarparé.

Duerme y sueña, niño-río,
en los brazos de la sed.

Brotan panales ignorados
desde el sagrado texto fiel.
Bebe en sus ondas, niña mía,
savia de Dios, oculta miel.

Te limita el olvido con su río
en la oculta frontera donde sueña
toda la sed, a instancias del rocío.

Toda la noche el caracol sediento
bebéndote en la concha de mi oído,
como la lluvia sí, como el sonido
del mar en su ondulado movimiento.

y bebia su llanto
en la lluvia distante.

A veces torna a mí, ola en acecho
de mi litoral sediento;
transida por mis yermos olvidados,
habita en mi silencio.

Yo soy el que regresa
de todas las distancias,
tu sed de cada viaje
el río del instante.

Te desbordas fugada a mis orígenes.
Soy la sed milenaria.

Mi sed tiene la forma
desnuda de tus labios.

TESTIMONIO DEL AGUA

El agua advino en una vasta
resonancia interior, tomó la forma
de una cúpula inmersa en la memoria,
descendió por la escala del silencio
y penetró en el reino de la música
con su líquido cuerpo de rumores.
El profundo fluir de los espejos
fue un éxodo de lámparas lejanas,
preludio de la sed abandonada
en la copa invertida de los árboles,
el sendero fluvial de la promesa
de un secreto país enamorado
en cuyo acuario intemporal los sueños
son peces emigrados de la sangre.
Verdad del cauce en la evasión propicia
por el bosque nocturno de los días,
su corola de júbilos abierta
en los coros unánimes del viento,
arena arrebatada a la inmutable
marea de la noche funeraria,
cuando soy entre el eco y la pregunta,
testimonio del tránsito del agua.

Termina el ala dócil
en la rama sin vuelo
y el manantial fugado
desemboca en desierto.

como un cántaro inútil que ha perdido
toda la sed que se albergó en la arcilla,
el manantial que modeló su boca
con curva de amorosa geometría.

como quien bebe en la nocturna copa
la claridad del infinito sur.

cuando la boca entre nocturnas mieles
halló la rosa de la desnudez,
más allá de las túnicas del llanto
y las fronteras de mi oscura sed.

Todo tu cuerpo en sucesión de ríos
confluye hasta la orilla de mis redes,
y entre la sed —que se vertió en la arena—
funda una primavera permanente.

El agua bebe
el perfil navegante
de las mujeres.

En las colmenas del rito
panales están libando
las abejas de mi grito.

Vete al mar, y entrégale una lágrima
en la hora sedienta del crepúsculo.

y derramar el vino de las ánforas
en la boca sedienta del verano.

Sobre la sed
grabó tu oleaje
¡oh pez sin red!

Soy la ciudad sin torres, el desierto
que no conoce el río,
isla sin mar, estrella abandonada
en medio del abismo.

y dejo que en la boca se pose la mirada
cansada de los sueños, sedienta de panales.

He de beber en cada río
adolescente, manantial
en el invierno y el estío,
en la floresta y el erial.
Tan sólo al agua te pareces,
¡oh, largo río de mi sed!

Yo fui en tu sueño el río que no cesa,
el manantial que nunca desemboca en la sed.

A la vendimia de tus labios llevo mi sed de cada
día. Rojo lagar del beso, en la urgida promesa del
instante, toda su miel destilo.

Y todavía esperaré, sediento, junto al cauce.

Ahora soy la estatua de la sed bifurcada
en las orillas de un vasto océano amoroso.

Frente a mí desembocan todos los ríos del
recuerdo. Hasta mi humano plinto llegan las olas ena-
moradas de otro tiempo. Pero mi ser es el desierto
total, en donde sólo las nubes transeúntes dan tes-
timonio de la turbia existencia de una lágrima.

Bebamos con la sed del poeta estos versos de agua:

La soledad del agua sin reposo
fluye en cauce de sombras, sin gozo
de tu fuego en el alba repetido.

Y el hombre de los bosques cante como
la misma boca de los manantiales.

Y en el libro del agua, las aldeas
copian su biografía de palmeras.

Y en sur y norte una canción de cuna
fluyó desde los ríos maternales.

Segador de la noche, el tiempo riega
su láctea harina constelada.

El sueño solamente
te dicta el testimonio
clarísimo del agua.

Secreto paraíso
surtidor escondido,
en la noche tu nombre
yo disputo al olvido.

Oí el cantar de vaquería
que acompañó la voz fluvial,
y en mi nocturna lejanía
senti brotar un manantial.

Como quien palpa un fruto entre la sombra.
Como quien nombra al río con la lluvia
y lo escucha fluir en el silencio.

Entre un rumor de ríos subterráneos
vuelven a mí los nombres (...)
Nombres que fueron émulos del agua.

El can del mar
rabioso muerde
el verde cuerpo de la costa.

Para que no quede la menor duda de que los ele-
mentos sed y muerte de la adaptación infantil son in-
separables, veamos estos versos:

Constante amor, a la heredad del agua
returnas con la voz de la pregunta,
hacia la confluencia de los sueños
con la muerte absoluta.

La ira de Dios como una espada
suspensa está sobre la sed.

La ira de Dios, como la muerte
acecha en el atardecer.

Perecerán nuestros rebaños
bajo la herida de la sed.

y el lácteo río de la vida
nunca volverá a correr.

La solitaria datilera
no volverá a manar su miel.

Como los ríos del verano
en las arenas moriré.

la mano trunca de la muerte
suelta la casta del lebrel.

Y el cuerpo yace, desbordado,
en las fronteras de la sed.

Observemos estos otros:

¡Oh, litoral de gritos y de lágrimas extendido en la orilla de la muerte!

Navegante extraviado en el oscuro laberinto de ríos interiores.

Calma tu sed de siglos en la virgen cisterna enamorada de la vida.

La flor decapitada de la tarde flota sobre los ríos interiores, más allá de los días infinitos.
Derrota del crepúsculo en el agua (...)

Y no sabemos ya si el hombre sueña o reposa en los brazos de la muerte

Río en la sombra orilla del deseo (...)
fugitivo del sueño y de la muerte.

Vengo del agua y hacia el agua torno por el cauce nocturno del olvido.
Delta en la confluencia de los sueños, la muerte es un naufragio sin navíos.

Para dar testimonio de la sangre soy la herida fugaz del cruento río.
Amigos, numerad todos mis huesos, están llenos de frío.

También soy el estanque abandonado que asiste a la propia defunción de una floresta acuática.

Al regreso del sueño, fue el recuerdo de un río, memoria transparente, su líquido cadáver.

Vuelvo a nacer en cada río que muere siempre junto al mar.
Siento la sed del rojo estío que se desborda en el lagar

Y de la sed y las cenizas vuelva a nacer la poesía.

Hemos visto una vez más, aunque ahora en forma más notoria, la relación agua-sed-muerte. Recitemos en silencio este poema de Gorostiza:

¡Agua, no huyas de la sed, detente!
Detente, oh claro insomnio, en la llanura de este sueño sin párpados que apura el idioma febril de la corriente.

No el tierno simulacro que te miente, entre rumores, viva; no, madura, ama la sed esa tensión de hondura con que saltó tu flecha de la fuente.

Detén, agua, tu prisa, porque en tanto te ciega el ojo y te estrangule el canto, dictar debieras a la muerte zonas; que por tu propia muerte concebida, sólo me das la piel endurecida, ¡oh movimiento, sierpe! que abandonas.

Y este otro de Alfonso Reyes:

¡Viajero! detén tu marcha veloz penetra en la vid, si anhelas beber, si anhelas oír mi jónica voz que canta placer.

La calma rural te brinda el vergel, te brinda la vid su ardiente licor y brinda el panal un sorbo de miel... y yo brindo amor!

Y brinda el vergel la calma rural y un sorbo de miel ofrece el panal.

Yo quedo en mi vid, un rústico dios que al canto de Pan imita el vaivén y tiene la paz del sátiro, y dos pitones también.

¡Viajero, a tu amor el jugo daré de mi uva carnal, mi rojo pezón y el dios cantará ruidoso Evoé como una ovación!

Este de González Martínez no puede quedarse fuera:

Tantálico suplicio mi corazón tortura. En vano ven mis ojos el pasmo de la vida. Se aleja de mis labios la fruta apetecida y de mi sed ardiente huye la linfa pura.

Ni tampoco este otro de Cabral del Hoyo:

Será como ir quedándose dormido en soledad tan pura, tan carente de todo, cual rindiendo cauce y fuente, linfa y sed, continente y contenido.

Veamos estos pies de Díaz Mirón:

Tu rojo labio en que la abeja sacia su sed de miel, de aroma y embeleso...

Y estos otros de Acuña:

Vas a buscar la fuente
donde apagar la sed que te devora.

Libemos de este poema de Othón:

Los vernales deshielos, como un baño,
el valle inundan en raudales fríos,
donde llenan sus ánforas los ríos
y beben las bandadas y el rebaño.

Recordemos esta cancioncilla de Barba-Jacob:

La vida es agua de un áureo río
y afluye al tiempo su onda de oro;
y es la mañana como el navío
en que navega nuestro tesoro.
Lanzas ¡Oh, Muerte!, tu soplo frío
y paralizas
la onda móvil del áureo río;
y en el vacío
se hunde el navío
en que navega
nuestro tesoro.
¡Corran tus aguas, sagrado río,
y afluya al tiempo tu onda de oro!

Evoquemos a nuestra Fénix-americano:

Si ves el ciervo herido
que baja por el monte, acelerado,
buscando, dolorido,
alivio al mal en un arroyo helado
y sediento al cristal se precipita,
no en el alivio, en el dolor me imita.

Veamos estos versos de González de Eslava:

El rey de la altura
te da que le pruebas
bebiéndola, bebes
divina dulzura.
Por la criatura
tal agua ha manado,
del sacro costado
salió su corriente.
Bebed de la fuente
del agua de vida,
que siendo bebida
más sed no se siente.

Los poetas sublimes suelen demostrar en sus versos regresiones a sus tragedias infantiles. Veamos estos en Martán-Góngora:

Llegas, cruel noche, y me sorprendes encadenado a la roca del olvido. El buitre de las sombras pícolea mi pecho, en el exacto sitio del corazón tatuado de luceros.

Fue como si asistiera a la infinita
agonía del agua
y una isla se hundiera en el silencio
profundo de la infancia.

El agua canta
las baladas del río
que hizo mi infancia.

Quien ardió en sed
sabe que el agua tiene
voz de mujer.

Se vertía en la sed
de su niño inefable,
casta flor de locura
nacida de su carne.

Donde el infante y su torrente lácteo,
la confluencia maternal, su delta
cegado por sedientos manantiales.

Imaginad que el cauce abandonado,
en virtud de las lluvias maternales
vuelve a encontrar su dimensión de río.

Observemos lo que escribió González Martínez:

Fantmas de niñez... ¡No fue la mía
en el ópalo azul del alba insomne,
cisne manchado en sangre de agonía?

Asombrémonos de lo que dijo Barba-Jacob:

Sobre las playas de la Muerte, un día
la madre viene al niño a amamantar.

Veamos estos versos de Bernardo de Balbuena:

Del blanco aljófar en rubies injerto,
más claro y más lustroso
que el que nace en conchuelas orientales,
el tesoro encubierto
en el seno precioso
do se crían mis bienes y mis males...

Otra característica de los grandes poetas es la de intuir la lucha de la conciencia. La poesía es precisamente el resultado de esta lucha entre un daimonion que reprocha y un yo que se defiende. Veamos lo que dice Helcias:

Porque el amor no es solamente el rito
de las sombras perdidas, que se hallan
en el amor. Es la interior batalla que
el hombre libra a cada instante.
Victoria sin derrota,
guerra sin tregua concertada.

Recordemos a González Martínez:

Miro al final de trágica faena
borrado el surco, la simiente vana...
¡Aré en las ondas y sembré en la arena!
Y aquí estoy, en pavor ante el abismo
de la grave conciencia acusadora.
¡Reo que tiembla enfrente de sí mismo!

Escuchemos a la máxima exponente de la poesía americana, Juana Inés:

En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una, esclava a la pasión,
y otra, a la razón medida.
Guerra civil, encendida,
aflige el pecho importuna:
quiere vencer cada una,
y entre fortunas tan varias,
morirán ambas contrarias
pero vencerá, ninguna.

En su "Soneto Desierto", Martán-Góngora intuye su adaptación infantil, o gozo inconsciente a la idea de morir de sed: gozo masoquista:

Desciéñeme tu yugo de azucenas
para tornar hasta mi lejanía,
destiérrame de todas tus colmenas
y déjame esta sed de poesía (...)
Confiname al paisaje del desierto
tras esta sed de cántaro vertido,
de hoguera extinta y litoral sin puerto.

Volvamos a González Martínez:

Me erijo en propio juez y me sentencio
reprobo y solo a la mayor tortura:
a no pedir perdón de mi locura
y a morir en mazmorras de silencio.

Evoquemos de nuevo a Juana Inés:

¡O por qué, contra vos mismo
severamente inhumano,
entre lo amargo y lo dulce
queréis elegir lo amargo?

Juana Inés proyecta su deseo inconsciente de ser envenenada; deseo que trato ampliamente en Intento de psicoanálisis de Juana Inés. ¿Qué puede ser tan amargo como el veneno?

González Martínez el poeta de la soledad se sentencia "a morir en mazmorras del silencio".

Martán-Góngora, desea ser confinado "al paisaje del desierto".

También Martán-Góngora demuestra su adaptación a la soledad. Veamos:

La soledad: huésped continuo,
invitada de siempre,
compañía del alma, compañera
de la mano en la frente.
La soledad, humano río
del mar adolescente...

En ti la soledad es más profunda
y canta con el río sobre el valle.

Primeramente fue la voz de la plegaria
que fatiga la piedra del sonido
para nombrar la maternal entraña,
en la naciente soledad del hijo
abandonado entre los escollos
del silencio infinito.

Leamos algo sobre la alegría raudalosa en la soledad de Barba-Jacob, quien dijo: "Soy uno de los seres que más gozan en la soledad". Veamos:

La dama de los cabellos encendidos
transmutó para mí todas las cosas,
y amé la soledad.

Pero nadie como González Martínez para transportarnos a la soledad absoluta:

Y callar, mas tan hondo, con tan profunda calma,
que absorto en la infinita soledad de ti mismo
no escuches sino el vasto silencio de tu alma.

Silencio sideral de los espacios
gélidos y vacíos.
Soledad y silencio.
¡Silencio por los siglos de los siglos!

)-()-()-

Tristes ante la reciente pérdida de nuestro Poeta del agua: Gorostiza, evocamos su nombre tan querido para todos, pero a la vez, anunciamos el advenimiento de Helcias Martán-Góngora como uno de los más excelentes poetas contemporáneos, que a través del estudio psicoanalítico se descubre como uno de los grandes de la poesía.

¡Contemplad hispanoamericanos al Poeta de la sed!

LIBROS CONSULTADOS:

Helcias Martán-Góngora

Memoria de la infancia
Los pasos en la sombra
Casa de caracol
Siesta del ruiseñor
Encadenado a las palabras



"LOS ESPAÑOLES SOMOS UNA MINORIA"

Don Dámaso Alonso, presidente de la Real Academia Española de la Lengua, sigue entre nosotros. El día de ayer lo dedicó a recorrer los bellos rincones de la Ría del Eume, acompañado por el presidente de la Asociación Iberoamericana, señor González Garcés, y sus respectivas esposas.

A la vuelta de la excursión le esperábamos en el Hotel Atlántico. Elegimos un tresillo cómodo y aislado para iniciar nuestra conversación.

Don Dámaso empezó preguntando qué era lo que le iba a proponer como interrogatorio, y entre los temas que le sugerí me pidió que eligiera uno solo. También me advirtió: "Mis respuestas van a ser un poco apagadas, pues después de todo un día de excursión, no estaré muy brillante".

—Don Dámaso, ¿qué le parece que hablemos del estado de "salud" del idioma español?

—Tengamos en cuenta que el idioma español lo hablamos 260 millones de personas, que de ellos sólo 34 millones somos españoles y que esto trae como consecuencia inmediata —todos los que se interesen en ello tienen que metérselo en la cabeza— que los españoles somos una minoría. Ocurre además que hay una serie de núcleos distintos donde se habla el idioma. El país que tiene mayor núcleo es Méjico, con 50 millones de personas. Además tiene un crecimiento demográfico que España no llegará nunca a tener; por un razón inmediata: la densidad de población, que allí es mucho menor. Lo mismo ocurre en Venezuela, Co-

lombia, Perú. El crecimiento va a ser inmenso y en el año 2000 la diferencia va a ser portentosa.

—¿Quiere esto decir que los españoles no podemos creernos los dueños del idioma?

—Ordinariamente, en España la gente no se da cuenta de esto y creen que los modos del meridiano de la Puerta del Sol tienen que ser los de todo el mundo. Hay que tener en cuenta que no sólo la pluralidad de modos sino de centros culturales, son los que influyen en el idioma. Si nos interesa conservar la lengua, tendremos que considerar la pluralidad del idioma. Además, cuando tenemos en Hispanoamérica escritores de la talla de Andrés Bello y de un Rufino José Fuentes... El modernismo mismo podemos decir que nos vino de allí, aunque España lo españolizó, porque el modernismo nos vino por Rubén Darío y fue asimilado por Juan Ramón Jiménez y por Antonio Machado. Actualmente, Hispanoamérica tiene un movimiento de novelistas mundialmente conocidos y que han tenido gran influjo en España, y tenemos el deseo de participar en las normas que van a regir. Si queremos que el español se conserve como una lengua unitaria, será necesario que todos los países quitemos todo prejuicio de origen nacionalista, o sea, que cualquier nación debe usar tino y discreción extraordinaria. Resulta contraproducente cuando se quiere dominar. La lengua es un terreno en el que se pulsa una clavija y no se sabe lo que va a pasar.

EL DICTADOR EN LA POESÍA DE ALFONSINA STORNI

Desafío de Poesía de Ricci

IMPORTANCIA DE LAS ACADEMIAS

—¿Cuál es hoy la importancia de las Academias?

—La Real Academia, fundada en tiempos de Felipe V, o sea en la primera mitad del siglo XVIII y luego las filiales, la de Colombia y todas las demás: Méjico, Venezuela y aún dos Academias que no son filiales, las de Argentina y Uruguay, están unidas en una Asociación basada en un pacto multilateral acordado por todas y refrendado por todos los Estados, salvo dos que no lo han hecho por motivos políticos. Las Academias en el siglo pasado eran unos organismos pomposos, de puro honor, unos sitios para que vegetaran, como en una hornacina, unos varones viejos. Esa idea tiene que cambiar: la Asociación de Academias es el único organismo coherente y bien vinculado. Yo ya escribí un artículo para una revista y que se titula "Los españoles no somos los amos del lenguaje, lo son los hispanoparlantes cultos".

—Podría contarnos el proceso de incorporación de una palabra nueva al idioma?

—Cada Academia de la Asociación puede proponer nuevas palabras o adoptarlas; se discuten en el pleno de la Academia los jueves, donde se aprueban o no. Algunas veces las remite a la Comisión de Diccionario y puede volverlas a remitir. Pero además de eso, todas las Academias pueden enviar palabras, o directamente o a través de la Asociación de Academias, que se reunen en un congreso cada cuatro años; pero mientras, la Comisión de Academias funciona como una central telefónica, distribuyendo las palabras para que las conozcamos todos. Si una Academia propone una palabra, nos interesa saber a qué extensión geográfica afecta; entonces la enviamos a la comisión permanente para saber este punto. La Asociación funciona democráticamente; cada Academia es un voto. La Academia Española trabaja muchísimo; tiene reunión de pleno los jueves, y comisión de diccionario dos veces por semana con vocales técnicos una vez por semana. Además, hay otras comisiones de léxico litúrgico. Mi deseo

es que nuestra Academia pueda tener más medios, para que España siga siendo respetada como siempre lo ha sido. Un respeto y una gran cantidad de honor,

• para conservar este prestigio necesario. El apoyo del Estado es de poco más de un millón de pesetas como subvención; si no fuera porque publica libros como el diccionario, no podría subsistir.

LA PALABRA "GUÍSQUI"

Surgió después el tema de la palabra "whisky", y don Dámaso manifestó:

—Lamento que nadie se haya preocupado de mirar el diccionario. "Whisky", tal como se escribe en inglés, sigue estando en el diccionario de la Academia; lo que ocurre es que por facilitar las palabras extranjeras, adaptándolas al castellano, se ha acordado que también se pueda escribir "güisqui"; pero el tiempo dirá lo que el uso impone, y puede ocurrir que dentro de unos años se haya preferido la forma inglesa, y entonces, se retiraría la forma españolizada. Nada más. El público con el uso del lenguaje es el que dice lo que hay que hacer.

En el transcurso de la conversación, don Dámaso diría:

—Soy absolutamente partidario de la incorporación de la mujer a la Academia. No hay nada que lo prohíba, ni en los estatutos ni en nadie. El criterio que se oponía a su ingreso, hoy ya no existe.

—Dígame, por último, don Dámaso, ¿qué significa para usted ser presidente de una institución tan importante y prestigiosa como lo es la Real Academia Española?

—Significa un peso más que gravita sobre mis hombros y sobre mi conciencia, una convicción de que mi acción como director no es superior, un deseo de que el cargo pase a otros hombros más fuertes, con más tiempo y con un conocimiento perfecto de las necesidades de la lengua.

De "El Ideal Gallego". La Coruña, 4 agosto 1973.